

# Homenaje de la Universidad Nacional a los profesores eméritos españoles

## Discurso de clausura

**G**racias, señor rector. Gracias por reunirnos en este ilustre lugar para que conmemoremos la emigración española. Parece que, después de cincuenta años, algunos necesitamos memoración o rememoración de aquel origen. Porque fue un final, y fue un origen, y es conmovedor que sea la Universidad la que nos venga a decir ahora quiénes somos. Después de un tiempo tan largo, que para unos ha sido como la vida entera, y para otros ha sido la muerte, nuestra mexicanidad fue adulta y ya es vieja. Perdió hace mucho la sorpresa de la novedad, y se ha convertido... ¿en qué? No en un hábito, que se adopta y se deja, y que sólo reflejaría el hecho, hasta cierto punto trivial, de la residencia en un lugar. No es hábito en ninguno de nosotros, ni ha sido costumbre en el grupo de los sobrevivientes. Es una manera de ser, natural y consabida. Somos mexicanos. Si al principio lo fuimos por la concesión de un derecho, luego, día tras día, nuestra mexicanidad ya se tomaba como pura y simple cuestión de hecho. Esto pienso que requiere meditación.

Gracias, decimos ahora, por habernos permitido adquirir los derechos y deberes de la ciudadanía. Porque eso de ser mexicano es hoy en día, en América, una manera noble de ser. Con ello cambió nuestro ser. No cuenta aquí lo que pudimos hacer o ser antes, allá. Nosotros nacimos en 1939. Cuenta ahora lo que ha sucedido después de aquel nacimiento, que nos alejaba de la madre, con una tristeza que no tendría fin ni consuelo. Fue un parto doloroso. En unos fomentó un sentimiento incurable de nostalgia. En otros, un deseo de no pensar más en todo aquello, y de librarse por entero al futuro. Para alguno, la soledad y el llanto produjo como una concentración interior, una manera de convertir la desesperación en tesón vital, en promotora del trabajo. El trabajo iba a ser la expresión de nuestro agradecimiento, y al mismo tiempo una orgullosa reivindicación de nuestros motivos; porque la calumnia no terminó con la guerra, y nos acompañó en el exilio. En suma: era un deseo firme de servir a ese país que no pedía nada de nosotros, y al que por eso mismo

teníamos que darle todo. Y fuimos fieles.

Ahora nos dais las gracias, con una generosidad que se equipara a la que habíais demostrado al recibirnos. Pero no: las gracias tenemos que darlas nosotros, de manera colectiva y solemne, confirmando la gratitud que hemos sentido todos los días durante medio siglo. La emigración, que venía de una derrota, era sin embargo una causa honrosa, como fue honrosa y noble y piadosa aquella invitación de don Lázaro Cárdenas a compartir con vosotros el destino de México, a participar en la medida de nuestras capacidades en el esfuerzo cotidiano de todos los mexicanos buenos. Fue aquel un acto ejemplar, único en la historia política del mundo.

Éramos entonces una grey de desvalidos, sin esperanza, con nuestro destino nacional desvanecido, y nos disteis coraje para hacer frente a los días (y a las noches). El ofrecimiento de aquel albergue mexicano se hizo a todos, jóvenes y viejos, hombres, mujeres y niños; a los cultos y a los incultos, sin distinciones.

Acaso nos correspondía a nosotros, a los profesores, que somos los sirvientes de la palabra, tomar la palabra ahora en nombre de todos, y decir lo que es nuestro oficio decir bien. Y es esto: que la apertura de esta Universidad Nacional a los profesores españoles ha sido sobre todo un símbolo de aquella apertura de *todo* el país a *todos* los emigrados. Y que si hemos obtenido alguna honra con nuestro servicio, es nuestra obligación declarar bien alto que no fue menor el servicio de los obreros; de aquellos cuyo nombre no aparece en los periódicos, pero que han sido en esta nación buenos ciudadanos: hombres de mérito y de honra. El nombre de España estuvo bien resguardado por esos hombres del trabajo anónimo. Transfiero ahora con humildad, si acaso con la autoridad de ser el más viejo, este homenaje que habéis concebido otorgarnos a los profesores.

Algunos de nosotros, los universitarios, los que profesamos en la UNAM desde el principio (desde febrero de 1940), podemos pedir perdón en esta oportunidad si los recuerdos aparecen

mezclados con un cierto orgullo. Aquella fue una época heroica. Los pocos que quedamos de aquella generación, mexicanos y emigrados, sabemos lo que era entonces servir con amor. Por amor y muy poco más; porque la Universidad era pobre, y aquel trabajo requería vocación y espíritu de sacrificio. Algunos hemos reconocido en México la faz del hambre, que ya se nos hizo familiar en la otra tierra. Era aquella la Universidad con toda la administración instalada en un solo edificio, éste, que incluía el modesto despacho del rector y el Salón de Juntas del Consejo, además de este auditorio. Ahí trabajaban unas pocas empleadas de edad respetable que llevaban el registro de las inscripciones y los exámenes, y que solían llamarnos a casa por teléfono cuando surgían dudas en el caso de algún alumno. Esas dudas, que hoy requieren abundancia de papeleo y mucho protocolo, se resolvían, sí, al momento, por teléfono. La Universidad era una familia pobre, pero hacendosa y honrada: con natural dignidad, empleados y profesores, sin desplantes de arrogancia, sin huelgas, sin pintas ni demagogias, y con buenos modales.

Nuestra facultad estaba en Mascarones, un edificio modesto con una fachada memorable, y un patio en donde habían crecido unos grandes árboles ufanos. La Facultad decidió poner en el centro de ese patio un pedestal de piedra con la estatua de fray Alonso de la Veracruz, el primer hombre que habló de filosofía en América. Estatua que personas sin memoria nacional arrumbaron en la Ciudad Universitaria, po-

niéndola en el rincón más oculto de un patio interior. Como también arrumbaron, o lo intentaron, el nombre del patricio don Justo Sierra, con que la Facultad bautizó a nuestro auditorio. Aunque no oficialmente, don Justo cedió el lugar y el honor al nombre de un guerrillero de otras tierras.

Se habla de una reforma de la Universidad. Cosas como éstas son las que requieren reforma: reforma de las mentes, que se llama *paideia*, educación.

Con los años hemos visto cómo la Universidad se transformaba. Ella ya no es la misma, no es aquella que quienes critican la de hoy nunca conocieron y ni supieron de su valor. En una ocasión como ésta, me entristece ver que algunos profesionales de la pluma consideran que es una distinción proclamar que la Universidad está mal, que no cumple su misión y es necesario introducir en ella novedades, no sé de acuerdo con qué ideales ni criterios. Denuncia muy grave es decir, entre universitarios, que esos señores no saben. En verdad, no ven. No ven el cambio tremendo que ha experimentado la Universidad durante los últimos cincuenta años; la asombrosa distancia que media entre aquella penuria de medios y de hombres y el estado actual. Quisiera yo que todos los amargados pudieran tener en sus manos (y esto es sólo un ejemplo) los fascículos en que se exponen las "Aportaciones universitarias a la solución de los problemas nacionales". Éste es el título de la "Colección México y la UNAM", publicada por la Universidad, donde aparece la biografía y la descripción de la obra de numerosos sabios de nuestra casa, incluido el rector que ahora nos preside. Las publicaciones del sector mal llamado de Humanidades son abundantes, y más conocidas, quizás, que las del sector de ciencias naturales. Sorprende al lector comprobar el número de institutos y departamentos, y sobre todo, el número y la variedad de las investigaciones en curso. De todo esto no se habla en los mítines. Por todo esto, los que hemos viajado y conocido otras universidades nos sentimos orgullosos de nuestra Universidad Nacional, y no toleramos con paciencia que se la denigre.

Yo llegué a esta tierra cuando ya era profesor; pero mi obra entera la he escrito en México. En este sentido específico, cabe decir que aquí me he formado, a la vez que se iba formando la Universidad que ahora tenemos. Digo ahora, cuando ya está cercano el fin, que me siento bien pagado si algunos creen que el proceso de esa formación mía personal ha podido contribuir a la otra. En todo caso, fue una tarea gozosa. Hacer lo que uno quiere. Pensar y enseñar a pensar. ¿Qué más puede pedirse? Por todo ello, repito, muchas gracias. ●

Alicia R. de Nicol y Eduardo Nicol □ Fotografía de Rogelio Cuéllar

